

# Vargas Llosa y el mal

☞ Nicolás Lynch

«EL ESTADO es la fuente del mal» repite enfático por el país Mario Vargas Llosa. Súbitamente una institución, por cierto fundamental, y quienes cotidianamente la administran, pasan a tener la culpa de las tragedias de nuestro país. El Estado visto como productor de burócratas y corrupción, versión cierta pero unilateral de nuestro *Leviatán* criollo.

No señores, el Estado no es una empresa y por lo tanto el problema principal no es el manejo de la institución, sino los intereses que ésta representa. Por lo demás, no les ha ido muy bien en este siglo a los que han proclamado la destrucción del Estado. Allí tenemos a los neoliberales que han llevado a los Estados Unidos a una crisis financiera sin salida visible o a los marxistas ortodoxos, parientes jacobinos del candidato del Fredemo, que han pasado a ser una especie en extinción. ¿Qué nos deparará Don Mario con sus calenturas? En un caso como en el otro, la búsqueda de absolutos conduce, a través de diversos vericuetos, al totalitarismo.

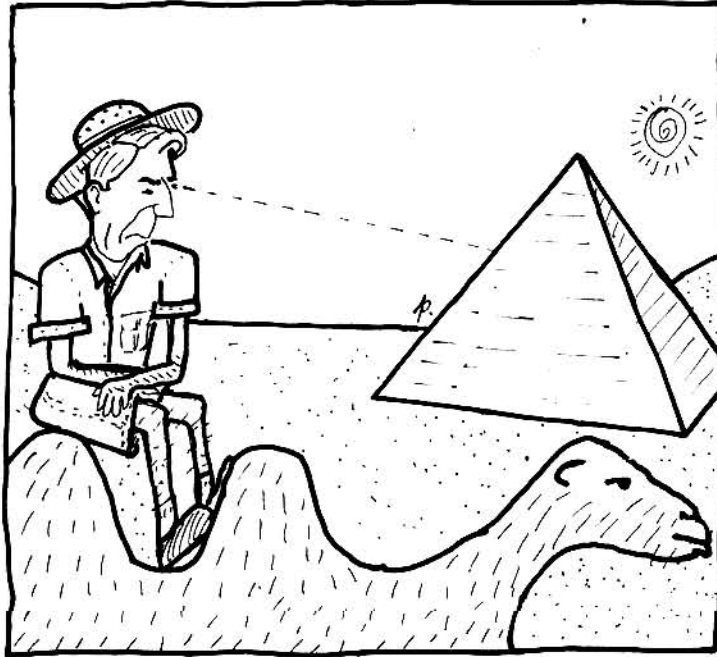
El Estado peruano adolece de problemas de fondo. Pero estos distan en mucho de ser los empleados públicos. El problema del Estado es su falta de legitimidad social: la gente no cree ni menos confía en la autoridad, llámese policía, juez o diputado. La razón inmediata podrá ser lenidad burocrática, pero en el fondo hay defectos constitutivos del poder político.

El Estado actual es heredero de la Colonia, más que cualquier otra cosa. Ha representado y representa intereses excluyentes que lo usan para beneficio privado. A pesar de los grandes esfuerzos que hizo Velasco con sus audaces reformas, no rompió con esta dinámica, haciendo simplemente crecer al monstruo que venía desde atrás.

El Estado no expresa en este país intereses públicos, universales, del conjunto de la sociedad, de la misma forma que ésta no se ve reflejada en él como en un espejo. Es decir, no tenemos un Estado Nacional. Ello se puede expresar en que cada pequeño burócrata use su puesto como un botín, pero esto no es lo más grave ni lo fundamental. Lo más grave es que nuestros quejosos empresarios han llegado a ser tales asaltando el Estado. Muy pocas son las fortunas en este país que se han hecho sin dejar de pagar impuestos, sin exoneraciones tributarias, sin engañar a los trabajadores.

Por eso si hablamos de subsidios estatales, ¿qué ha subsidiado más el Estado en el Perú? ¿La alimentación del pueblo o los negocios de los ricos? La respuesta es obvia: a los que más tienen.

Pero Vargas Llosa ve las cosas al revés. Para él, el problema fundamental es el pequeño pero no el gran coimero. Porque gran campaña ha hecho su movimiewnto cuando se trata de subsidios a los alimentos o expropiaciones a los banqueros, pero ninguna le conocemos para meter en vereda a los que no pagan impuestos. No es entonces que el Estado sea la fuente del mal, son



más bien los que usan del Estado para su beneficio privado quienes constituyen dicha fuente. Ya esos los vemos rodeando al candidato del Fredemo, apareciendo en sus listas parlamentarias, haciéndole propaganda por doquier.

¿Qué sucede entonces? O Vargas Llosa es un cándido personaje que no se da cuenta de quienes lo rodean, o le está mintiendo descaradamente al país para darse el gusto de ser Presidente.

Es cierto que el candidato de las derechas se esfuerza por hacer reforma intelectual en la capa social privilegiada. Es más, no se puede desdeñar el concurso de los empresarios, incluso

de los que se han beneficiado indebidamente del Estado, para un proyecto de desarrollo nacional.

El problema es que Vargas Llosa se junta con ellos para un proyecto excluyente. «Nosotros (la gente bien) vamos a hacer porque somos los que sabemos» parece decir. Sin darse cuenta que la única forma de sacar adelante al país, con los empresarios incluidos, es por medio de un acuerdo con el conjunto de las fuerzas sociales y políticas. El acuerdo no es así un capricho, sino el único instrumento viable para que los diferentes sectores renuncien a su vocación corporativa y se inscriban en

un proyecto de conjunto, dándole al Estado la legitimidad que no tiene y avanzando en su realización nacional. Sólo así será posible desaparecer la coima y el privilegio como ejes de la vida social.

Del mismo modo, lo que propone el nuevo discurso derechista no ha sucedido en ninguna parte del mundo. Los grandes procesos de desarrollo capitalista y el salvataje de las economías en crisis, tanto en Europa como en los Estados Unidos, se han hecho gracias a una formidable intervención estatal. Ni la conquista del oeste norteamericano ni el *New Deal* de Roosevelt ni el imperio colonial inglés fueron obra de cuatro aventureros.

El Estado se demuestra como históricamente necesario. Claro que su dimensión no tienen por qué darla los intereses corporativos de tal o cual grupo social. Pero en un país de capitalismo enano y poco desarrollo de la sociedad civil como el nuestro, es indudable que al Estado le cabe un rol planificador, redistribuidor y mediador de primera importancia. Tienen que cambiar, por supuesto, los resortes del poder para hacerlo verdaderamente público, vía sobre todo, la participación organizada de los ciudadanos. Pero ello no implica minimizar el Estado sino cambiar su naturaleza.

¿Por qué se propone entonces reducir al Estado a su mínima expresión? La respuesta no creo encontrarla en la ideología de Vargas Llosa, sino en los intereses de los amigos del candidato.

Lo que se busca pareciera ser la ausencia de todo control para proceder al saqueo del país. Es decir, el gato de despensero, con la casa en Miami y la hacienda en el Perú.

*Profesor de sociología en la UNMSM e investigador del Instituto Democracia y Socialismo.*